

Un poeta agustino

El Reverendo Padre David Rubio, joven religioso español de la orden de San Agustín, ha tenido la galantería de enviarnos desde Lima, lugar de su actual residencia, un volumen de versos, titulados *Cantos de mi juventud* (1). Precede á las poesías un docto y bien escrito prólogo del Padre P. M. Vélez, sobre el clasicismo.

Considera el prologuista á su hermano de religión el Padre Rubio como discípulo de la escuela clásica, y teje el panegírico de ella, en contraposición á las extravagancias de simbolistas extremados y modernistas literarios decadentes.

Mas el concepto de la palabra *clásico*, en la pluma del Padre Vélez, no es el restringido que comúnmente se le da, sino otro mucho más extenso y comprensivo. No se trata de la imitación de griegos y latinos, ni aun de seguir de cerca las huellas de los poetas castellanos del siglo de oro; puesto que el Padre Rubio es discípulo, en muchos de sus cantos, de los románticos españoles, y aun suele pagar moderado tributo, en el pensamiento, la frase y aun el metro á las novísimas modas literarias.

Dice, por ejemplo, de una ciudad:

Con tus calles sembradas de recuerdos,
Tus moriscos balcones y ventanas;
La de hidalgos y bravos caballeros,
La de discretas y gentiles damas,
La de las noches claras y tranquilas,
La de alegres y hermosas alboradas,
La de dulces y eternas primaveras,
Donde difunde el sol de oro sus llamas.

Esto tiene mucho más de Zorrilla que de Fray Luis de León.

(1) Imprenta F. Moreno—Páginas LXIV + 128 en 12.º

La poesía titulada *Via crucis*, arranca así:

Por la negra ruta de espinas y abrojos,
Con la carne rosa tinta en rayos rojos,
Marcha el Nazareno, lleno el corazón
De hiel y amargura, y van los sayones
Arrancando fieros los blancos vellones
Al manso Cordero, Lirio de Ilusión.

La negra ruta, la carne rosa teñida por los rojos rayos, el lirio de ilusión son mejor que frases de un seguidor de Rioja, de un discípulo de Rubén Darío.

El Padre Vélez define así lo clásico:

Yo entiendo por clasicismo, no precisamente la forma real y concreta en que griegos y latinos, los pueblos por antonomasia clásicos, supieron encerrar su pensamiento y su arte, sino más bien y sobre todo, la forma del ideal altísimo y divino que esos pueblos, y especialmente el griego, vislumbraron...

En seguida el autor pone, entre las obras clásicas, la sagrada Biblia, las literaturas medioevales de Europa, el romanticismo y el modernismo literario, dentro de ciertos linderos.

Por este motivo, creo también que son clásicos, en el sentido superior y exclusivamente literario en que estoy hablando, los soberanos pontífices del modernismo, Verlaine y Gabriel d'Annunzio, y los que mejor han sabido hacer en lengua castellana lo que ellos en la italiana y francesa: Rubén Darío, el oráculo y el hierofante; Chocano, también como sacerdote de la nueva iglesia; Amado Nervo, místico y soñador algo panteísta; Leopoldo Lugones, simbolista tan deslumbrador como delicado; Eduardo Marquina, admirable versificador y poeta; Valle Inclán, ese *Don Ramón de las barbas de chivo*, y otros cien mil, porque son ya innúmera y vasta legión, como puede verlo quien guste en la modernísima *Corte de los Poetas*.

Dedicamos el párrafo anterior á los que creen que los religiosos son hombres de ánimo encogido, idólatras exclusivos de los tiempos que fueron, cerrados á las novísimas

teorías artísticas y literarias. No vestimos hábito monacal y, sin embargo, jamás habríamos escrito ni consentido en firmar los citados conceptos del Padre Vélez.

Quien tuviera el prurito de extremar las opiniones ajenas diría que, para el docto agustino, belleza y clasicismo son términos sinónimos.

No piensa así el doctor Newman. El clasicismo es un fenómeno juntamente histórico y literario. Sigue la literatura de un pueblo marcha paralela á la del idioma que le sirve de instrumento. La lengua nace, crece lentamente hasta llegar á un apogeo de perfección y riqueza. Esta es la época clásica. Con ella coinciden el esplendor de la literatura, el aparecimiento de los mayores ingenios y, casi siempre, el poderío y dominio políticos de la nación. Cada idioma, cada literatura no tienen sino un período clásico, como el hombre no alcanza sino una edad madura, seguida de la vejez, la decrepitud y la muerte.

Las literaturas clásicas se diferencian entre sí como las naciones que las producen, pero coinciden en ciertos caracteres esenciales: la verdad, consistente en lo conforme de la expresión con la idea; la claridad, aun en los pasajes más profundos, y al tratar las más abstrusas doctrinas; lo natural, aun al expresar los más hervorosos afectos; la sencillez, hasta en lo más sublime y elocuente. Y la sobriedad, y la proporción exquisita, y aquel hábito de lo bello que se llama el *buen gusto*.

Después viene una reacción, y por ella principia la decadencia (*marinismo, gongorismo, eufuismo*). Lo hinchado sucede á lo grande, lo conceptuoso á lo elocuente, lo desproporcionado á lo sublime, lo extravagante á lo nuevo, lo trivial á lo delicado.

Este fenómeno, como ciertos otros, aparece de tarde en tarde. El gongorismo actual es el modernismo, simbolismo, decadentismo, que de todos esos modos se apellida. Un gongorismo á veces más oscuro que el otro; inarmónico á menudo en la forma, con inclinación á lo obscuro, con

ribetes de lenguaje místico, aplicados sacrilegamente á frases y objetos profanos y aun impúdicos.

Alternando con las escuelas de mal gusto, vienen otras que se esfuerzan en volver á las cualidades clásicas y detener la decadencia idiomática y literaria. A tales escritores se los apellida, por semejanza, con el nombre de clásicos: Chénier, Pope, Quintana.

Dos maneras hay de seguir á los poetas de las edades de oro: consiste la una en revivir las egregias condiciones y dotes que los distinguieron; está la otra en reproducir servilmente las ideas, las imágenes, la factura literaria de los clásicos. Lo primero es imitación, lo segundo, remedo; aquello es imagen, esto caricatura; lo úno clasicismo nuevo, lo otro clasicismo falso; aquel pseudo-clasicismo que hemos combatido siempre en esta REVISTA y que el Padre Vélez fustiga con robusto brazo.

Precisamente el que remeda á los clásicos es el que menos los imita. Sírvanos de ejemplo las geórgicas de Virgilio, poema original, nacional, escrito en el idioma contemporáneo del poeta, en la forma métrica entonces preferida, con alusiones á las costumbres, las creencias, las glorias patrias; con vívidos cuadros de paisajes de la nativa tierra.

Don Andrés Bello imita al poeta mantuano, porque trata un asunto no tocado antes: la naturaleza de la zona tórrida, donde se meció su cuna; canta en castellano del siglo XIX, en la libre y majestuosa silva; y no describe costumbres y paisajes europeos, sino los de América tropical; no el trigo, el olivo y la vid, sino el cacao, el algodón, la caña de azúcar; no ensalza á Escévola, á Escipión, á César, sino á Ricaurte, á Rivas, Girardot, Anzoátegui; no adora á Júpiter tonante, sino á Jesucristo redentor. Allí hay verdad y proporción, claridad y sencillez, idioma correctísimo, buen gusto no desmentido.

Justicia es decir que el Padre Vélez condena los abusos y extravíos del modernismo literario, que no debe confun-

dirse, según advierte el autor, con el modernismo teológico, reprobado como herejía por la Sede Apostólica. Claro está que son dos cosas muy diferentes; pero, si el tiempo y lo limitado de nuestros conocimientos nos lo permitieran, diríamos cómo, á nuestro ver, los dos modernismos tienen idéntica raíz en el espíritu humano.

No queremos, por nuestra parte, extremar tampoco la tesis contra las novísimas escuelas. En los poetas que cita el Padre Vélez y en otros que calla, hay estrofas, composiciones enteras, que son realmente bellas. Siempre leemos y oímos con admiración y placer *A Kempis*, de Amado Nervo, *A Cristóbal Colón* y *A Teodoro Roosevelt*, de Darío; varias poesías de nuestro compatriota José Asunción Silva, y otras que omitimos en gracia de la brevedad. Pero de tales composiciones á lo clásico hay un abismo de tal anchura, que nuestra flaca inteligencia no alcanza á salvarlo.

La prosa del Padre Vélez se lee con mucho gusto, porque es clara, corre sin tropiezos, no lastima el oído y tiene alma que la hace palpar vigorosa.

Volviendo al Padre Rubio, diremos que allí hay un poeta, todavía no de esta ó de aquella escuela literaria, fresco, nervioso, inspirado por altos ideales. Y, como dice el prologuista, al lado de una hermosa realidad, hay una fundada esperanza.

Por lo demás, el lector puede juzgar por la poesía que á continuación insertamos, para gala y adorno de nuestras modestas páginas.

ELEGIA

(Al excelente poeta
José María Gabriel y Galán)

Ya no se escucha aquella voz sentida
¡Murió el cantor de EL AMA!
Aquel que habló con inspirado acento
A una sencilla vigorosa raza,

Diciendo con ternura sus cantares
Como jamás los dijo lengua humana.
El que arrancó de los llorosos sauces
La misma lira que LEÓN pulsara
En las riberas que fecunda el Tormes;
 Aquella dulce arpa
 Herida por el tiempo
Del mundo y de los hombres olvidada.
Las primeras dulcísimas cadencias,
 Las vírgenes tonadas,
 Como ligeros copos
 De nieve inmaculada,
 Como la luz borrosa
 Que al apuntar el alba
 Sobre los amplios mundos
En ondas fugitivas se derrama,
Cayeron en las rústicas planicies
De la pardusca tierra castellana,
Saturando de plácida armonía
Sus llanuras y "cuestas onduladas."
Pero ¡ay! qué pronto se apagó el acento
De la vibrante musa soberana
Que imitaba el concierto incomparable,
Que el coro de los pájaros levanta,
En el triste crepúsculo de otoño
Y en el sereno despertar del alba;
Del que animó las rústicas faenas
Del rudo labrador en sus comarcas,
Cantando al pie del encinar umbrío,
O junto al surco, donde alegre se alza,
Como la alondra que trinando sube
A bañarse en la luz de la mañana;
 Del que en sonoros versos
Copió las notas rítmicas que exhalan
El silencio de tristes soledades
Tan augustas, solenes y calladas;

El rumor del arroyo
 Que entre arboledas mana ;
 El canto del pastor junto á los valles,
 Y en las agrestes sierras escarpadas....
 ¡ Ay, Dios, qué presto descendió al ocaso
 Ese brillante sol de la esperanza,
 Que preludiaba el resurgir de un pueblo,
 El resurgir glorioso de una raza !
 La luz crepuscular ¡ con qué tristeza
 Bañó después la tierra castellana,
 Por do pasó cantando
 Su bella musa, con ligeras alas !
 Del bendito solar de sus mayores
 Regado aún por las acerbas lágrimas
 Que abundantes cayeron de sus ojos
 Sobre los restos de la madre santa
 Hizo un poema idílico,
 Un paraíso de delicias gratas,
 Donde serena alumbra
 De la sagrada religión la lámpara.
 ¿ Por qué, Señor, tu cólera suprema
 Terrible se desata
 Sobre nosotros, al herir de muerte
 Al excelso poeta que aliviaba
 Las fatigas del áspero camino,
 Copioso derramando sobre el alma
 De la virtud el delicioso néctar
 Que da vigor, consuelo y esperanza,
 Cuando hoy sobre las ruinas
 Del pedestal del arte se levanta,
 La libertad de perdición, la duda,
 El vicio que envilece y que degrada,
 Y las densas tinieblas de una noche
 Parece que amenazan
 Con sepultar entre sus negros pliegues
 Los cuerpos y las almas....?

El poeta era un ángel
 Que con sus níveas alas
 Jamás tocó en el fango,
 Donde hoy el arte se envilece y mancha,
 Porque el terso cristal de su conciencia
 La vanidad del siglo no empañara.
 Señor, Tú le llevaste
 A gozar de la vida que no acaba.
 De ella sintió el poeta
 Las místicas nostalgias
 Cuando nos muestra en sus estrofas de oro
 Por cima de la bóveda azulada,
 Aún más allá de ese cendal inmenso,
 LAS PUERTAS DIAMANTINAS DE UN ALCÁZAR.
 Poeta excelso, que al partir llevaste
 El cariño profundo de las almas,
 Cabe la tumba fría yo te rindo
 El sincero tributo de mis lágrimas;
 Y espérame después en ese cielo
 Del que también yo siento las nostalgias.

DAVID RUBIO
 Agustino

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

(BOLÍVAR Y SAN MARTÍN)

En un primoroso folleto de XXIX páginas en 12º (1), acaba de publicar el señor doctor José Manuel Goenaga una breve, pero sustanciosa y bien escrita relación sobre la entrevista celebrada en Guayaquil, el 26 de Julio de 1822, entre Simón Bolívar, Libertador de Colombia, y José de San Martín, Protector del Perú.

La conferencia entre los dos mayores hombres de América latina ha sido considerada por algunos como impene-

(1) Bogotá—Imprenta de J. Casís—1911.